

¡EL AFILAOOOOOOOR...!

Por Elisa Cabanillas Lobo

Sentada ante mi ordenador realizando un trabajo para mis estudios, de pronto siento el sonido del afilador:

¡El afilaoooooooooor...!

Es un clásico de entre los oficios de antaño que poco a poco se van perdiendo. Antiguamente este personaje era como una institución, una figura normalmente masculina, afilaba todos los utensilios punzantes, a su paso tocaba su flauta de caña dulce y pregonaba su llegada con su característico grito.

No dejo de pensar en algunas supersticiones que aún perviven en mi pueblo, sobre todo en los mayores como mis abuelos, que son los más dados a ellas.



Fig. 171.—Dibujo de Manuel Torres

Por lo visto la llegada del afilador siempre anunciaba muerte o lluvia. Y es así que si alguien muere a los pocos de días o cae lluvia a chuzos es culpa de la llegada de este personaje. Y lo más agüeros vaticinan muerte segura.

Una vez oí el comentario que alguien al día siguiente de su llegada había fallecido. Lo estaban comentando en la panadería de Adolfo, un viejito se lamentaba que el afilador no traía nada bueno, “el tío siempre que viene se lleva unos pocos, pues se podía quedar sin venir mucho tiempo, que una de las veces se llevó hasta al médico y el maestro de mis nietos”, mientras el panadero, que hacía un pan de pueblo de los más ricos que puedan existir, se mantenía callado moviendo la cabeza en señal de afirmación..

Este mal presentimiento está extendido por muchos pueblos de esta región, siendo tal el miedo que en uno de ellos sus habitantes tienen prohibida la entrada a este hombre ambulante.

Estoy pensando que mis tijeras no cortan muy bien, mejor dicho lo hacen mal, desde que las utilizo para todo, voy a salir a afilarlas, siento la curiosidad de conocer a este personaje mañanero, tiene que estar

muy cerca practicando su oficio, pues el sonido vino de muy cerca.

Ya habían salido algunas mujeres y mientras él hacía su oficio ellas en su espera cotilleaban unas con otras a lo bajito, sin importarle la presencia del hombre, que gruñía en su quehacer.

¿Madre mía a quien le tocará? —Decía Nieves, la más mayor de ellas, a Juana la capataza, y ella suspirando le respondía:

—“El hijo de Joaquín está muy malito, y la Eduvigis parece que le ha llegado su hora, y la suegra del alcalde dicen que le ha dado un ictus”. Allí hacían un pequeño y rápido recordatorio de los males de allegados y conocidos.

Cuando sus navajas estaban ya preparadas para cortar, él las entregaba mirándolas con ojos penetrantes que en más de una producía escalofríos, él sin emoción ninguna recogía su importe, ante las quejas de alguna vecina, que le parecía excesivo los euros por afilar, ellas con sus utensilios volvían a sus moradas asustadas, después de haberse explayado en sus comentarios de enfermos y los apuntados a fallecer, sin olvidar al meterse para dentro de sus casas hacer la señal de la cruz, eran pura superstición.

En mi espera hago un pequeño análisis de él. Un hombre de pocas carnes, la piel curtida por el sol, bastante moreno, unos 60 años, llevaba ropas holgadas, bastante deterioradas, yo diría también sucias y roídas. Su rostro sin afeitar con poco pelo retirado hacia atrás, de color blanquecino, sus canas eran abundantes, el cigarro en la comisura de sus labios, viéndolo de cerca no me extrañaba nada que las viejecitas se fueran con una buena dosis de miedo entre sus enjutas carnes.

Mirándolo y haciendo una observación de este personaje de cuentos, él como si no quiere la cosa se saca su bota y echa un buen trago, será de algún vino peleón, para recobrar fuerzas; después del largo trago, recoge mis tijeras y se pone a pedalear en su destartada bicicleta haciendo girar la rueda de amolar, encendiendo otro cigarrillo, empalmando uno con otro, sin inmutarse por las cenizas caídas sobre su ropa.

Sigue con su trabajo hasta quedar perfectamente afiladas, recojo mis tijeras después de hacer varios cortes de prueba y le pregunto el precio, a lo que me responde casi con un gruñido, le doy su importe, lo guarda en un bolsillo y saliendo de allí como alma que lleva el diablo, seguro que ya tenía bastante con el puñado de euros recogidos por esos trabajillos de hoy y había que comprar caldo más rico que le enturbiara la vista y los pensamientos.

Se aleja calle abajo montado en su bicicleta herrumbrosa sin ni siquiera parar ante una viejecita que le esperaba con algo entre sus manos para afilar.

De regreso a mi casa no dejo de pensar en esta figura, después de pensarlo bastante cojo el coche y salgo en su busca, me recorro todo el pueblo, sin encontrarlo por ningún sitio, parecía que se lo había tragado la tierra, más bien se había esfumado, su presencia ahora me parecía un sueño, en ningún sitio había señales de su paso.

Cabizbaja regreso a mi hogar, en mi cabeza martillea sin cesar la frase:

¿Y si de verdad hubiese venido a traer la muerte? Porque lo que es lluvia no se veía ni asomo de ella por ninguna parte, el cielo está despejado.

¿Qué ilusos?, la muerte acecha y la lluvia cae cuando tiene que caer, que está el hombre del tiempo que lo pronostica y pocas veces se equivoca, que de eso entienden los meteorólogos un rato.

Ahora es de noche estoy sola en casa y un mal presentimiento recorre mi cuerpo, mi alma se encoje, no dejo de pensar en este hombre, me está alterando mi rutina. ¿Qué será de cierto esta leyenda?

María se duerme rendida por los brazos de Morfeo pensando que a quién le tocará el señor muerte con su guadaña mañana. Poco a poco cae en el sopor del sueño...

LAS RETAMAS DESTRUIDAS

Por Francisco Valdés Nicolau

*Vuelvo hoy a verte en este suelo,
amante de desiertos lugares de tristeza,
de afligida fortuna, siempre amiga.*

LEOPARDI.

Antes podía cantarse con bien sonora lira; ahora, contarse su atropello con amarga tristeza. En los senos de sus cerros y en el regazo de sus cañadas, las retamas tejieron sus bolas de verdura. Era una alfombra de maravilla, en primavera, sobre aquel suelo ondulado, destacando de su gualda florido sus recias copas las encinas de bronceada eternidad. En sus medios, dos charcas con las aguas limpias de la invernada, donde acudíamos a echar el trasmallo y a yantar los hornazos pascuales.

Atalayando el retamal en su dirección norte, dominaba el cerrete más pomposo, coronado con una casilla blanca –refugio de guardería– rodeada de espesas y altas retamas, tan altas como su techumbre de roja teja romana. Más al fondo, el tope de la Sierra de Magacela, encrestada con su iglesia, su castillo y sus peñones. Casas y ollerías gateando por la fragosa falda empinada. Y allá en el horizonte, la serranía de Guadalupe con su incierto gris azul lejano.

Sobre todo en primavera, el retamal era un encanto. Brotaban sus flores, de un amarillo naranjado, que exhalaban su denso olor, embriagándolo todo. Verde olor de verdura. Dilatado verde olor de amargura. El amargo de sus zahumas, de sus vástigas, de sus raíces –rectas, finas–, barreneras de la tierra. Y cuando el sol de fuego caía de la altura, onduladas por la brisa, era una sinfonía rumbosa de paganismo. ¡Las retamas!

Tenue y brincante rumor de esquilas y algún silbato o tonadilla pastoril. Rumoreo de abejas en torno a su azahar, y un poco más lejos, al filo del bosque de retamas, las yuntas, con sus gañanes, dibujando en la arcilla sangrante las filigranas de sus alicatados. Las ringleras de los habares con la flor blanca y azul. Las tiernas líneas de las garbanceras. El chicharal, ya revuelta su espesa cabellera de verde limón, con sus floridos puntitos blancuzcos y amoratados. La extensa sábana del trigal madurando. Al lado, la barbechera, don la punta del arado va trazando las rayas de la vida.

Algún disparo del cazador furtivo, y en la lejanía, el barreno sordo de la cantera del calero. Cantatas de gañanía. El duro y corto paso del borrico senda adelante, sobre su lomo el pastor o el buhonero. El monólogo jacarandoso del perdigón encelado. Campo y calma. El dorado y cumplido sueño de unas vidas tranquilas, limitadas y acordes. El refugio de quien quiso separarse del ruido mundanal y afincarse y ahincarse entre este monte espeso de retamas, sobre las que columbran copas de encinas milenarias.

Aquí he vivido yo. Me he criado entre mis retamas, que antes fueron de mi padre, y antes de mi abuelo, y antes de mi bisabuelo. Salvo una temporada pasada baldiamente en la Universidad madrileña, mi vida estuvo adscrita a este retamal con sus viejas encinas. Era mi fiel consuelo y la flor de mi existencia. Mi trato con la vida mundana me dañó el cuerpo y el espíritu. Iba logrando sanarlos al contacto del abierto paisaje de la recia Extremadura; en este rincón del mundo que mis antepasados lograron infundirle su aliento con sus dignos deseos y sus obras de rectitud. Vidas de honradez enmarcadas patriarcalmente: el buen consejo atinado, la ayuda consoladora, la censura estricta cuando era necesaria, el respeto y la consideración mutuas. Que no llegara a abrir sus fauces el hambre en derredor.

Un amplio cortijo atendido. Limpieza en todo. El albor de la cal y el rojo del ladrillo. Colmenar, columbario, cercamientos ganaderos, huerto con rosales, claveles, lilos, acacias y almendros; conejar, lagunas y refugios, las fuentes de agua cárdena y dulcísima, pozos con sus brocales berroqueños. Orden en todo. Que nada fuera maltratado: hombres, animales, plantas. Un cuidado exquisito y una justa vigilancia. Y ese deseo ferviente, sostenido día tras día, de mejorarlo todo, de procurar su aumento y perfección.

Era mi orgullo. No había otro más frondoso retamal en los contornos. Ninguno mejor atendido, ninguno más renovado. Era la admiración del transeúnte por la senda que enlaza la tierra de barros dombenitense con los pueblos de la Serena: Campanario, Castuera, Zalamea, La Coronada, Benquerencia. Asilo de las liebres acosadas por el galgo d'annunziano en las limpias y anchas tierras que lo circundan. Morada de bandadas de alondras, que yo alguna vez deslumbraba con el espejuelo. Era la alegría de mis ojos y el bálsamo a mi melancolía. ¡Mi retamal soberbio! Con sus desflecadas cabelle-
ras de zahumas, formando bolas de verdor perenne: en primavera, sobre la verdura intensa del majadal florecido; en el estío, sobre el terroso pastizal, coronado por las recias encinas plantadas por la morisma.

Tras la espesa retama que esquiva el cuerpo en aguardo, he visto venir, sorteando el bosque de re-
tameras, el celo de cinco y seis lebratos tras la hembra en su sazón floreada, con su brincar de lu-
cha, sus mordiscos en las tie-
sas orejas, con sus zarpazos
de sensualidad, con sus alari-
dos rijosos. Otras veces, cuan-
do ya la luz cárdena de la tar-
de baja a mancharnos con su
sombra de túnica de silencio –
reposo agosto de todo lo
creado–, en ese momento en
que nuestra vida se funde en-
tre cielo y tierra, contemplaba
acudir las liebres sedientas de
sed, parándose de vez en
cuando, sentadas sobre sus
patas traseras, empinando el
hocico, atiesando sus orejas
para suplir con el oído su falta
de visión. Sobre el amparo de
una vieja retama enclavada



sobre “macho” de la charca las veía aparecer, entre dos luces, por los cañazos que vertían en la la-
guna, sorteando los troncos de retamas, acuciando desde la caliente sobra de ellos, ciegas al agua,
con sus tranquilargos avances, hasta ponerse bajo la puntería del cañón de mi escopeta...

Y por entre el entallecido espeso de sus troncos, metido en el aguardo –siberianas horas tranquilas
al amanecer–, cuando se iba perfilando el jaspeo de sus colores a la incierta luz de la alborada, y
después bruñidas por el sol que nos lanzaba el desplome de la sierra de Puebla de Alcocer, acudían
las perdices reclamadas por la jácara encelada del pájaro del mampostero. Delicia egregia de ver
nacer la vida con el día, en toda su desnuda solemnidad profunda, rodeado de inmenso clamor de
silencio, ufano y fecundo, como la palabra del profeta, como la danza del corazón de Dios.

Sobre el verde caído del retamal, el arrullo caliginoso de la tórtola, la flauta de la oropéndola, el trino
claro de la calandria, el aleteo del pardal, el planear inmóvil del milano. Entre sus troncos, el nido
desamparado del capacho y la perdiz. Entre sus raíces, la hurrera del lagarto. Y entre sus zahumas,
oculta, la bolita, maravillosamente entretejida de pasto, donde el pajarín infantiliza el acto de la fe-
cundación.

Sí; yo he visto mis retamas, años tras años, con todas sus luces, con todos sus colores, con todos
sus padeceres y alegrías. Cuando en las madrugadas de agosto, sentado en un “paso de liebres”, ya
de recogida, buscaban su descanso. Las estrellas parpadeaban sus últimos guiños. Eran bultos de
sombra ante el ojo avizor de la caza al cruzar. Por Oriente se desleían los primeros barruntos de cla-
ridad. Se iban destacando lentamente las retamas de su suelo, desperezadas por el relente mañane-
ro, vistiéndose sus verdes ambiguos de las cogollas. Las jóvenes, como tiestos de juncos; las viejas,
descarnados sus talles, de un pardo sucio, con los lunares ocrosos que la carroña trae a la anciani-
dad de sus troncos.

Las he observado desde la altura de mi ligera y dócil borriquilla blanca, al caminar entre ellas a ins-

peccionar las faenas agrícolas. Medianera la mañana, con el sol inflado de lumbre del verano, con el sol asilado de la invernada, con el sol de la melancolía otoñal, con la primavera del sol. Pomposas en mayo, con su embriagante funda de bayeta amarilla, meciéndose con gachonería por el rizo de la b risa. Batidas y castigadas con el azote frío y ensañable del aire marceño. Latigadas por el granizo y la lluvia implacables. Perladas al concluir la suave y calenteja llovizna, irisándose al acudir el rayo del sol. Esfumadas en el humo denso y frío de la niebla decembrina, en ahogo su corpulencia, como nor-teños fantasmas cargados de zozobra. En la noche encalmada, sus manchones por donde puede llegar lo sorprendente del misterio; en la noche borrascosa, con su rugidos como la mar de los nau-fragios; en la noche de escarcha, iluminada por la luna, resaltantes sobre el suelo de maravilla y espejándose sus sombras plateadas en un lago de ensueño, jamás olvidada su fantasmagoría. Y tam-bién las he visto cargadas de nieve, vestidas de pureza, resistiendo su corona de nítida blancura, surgiendo de la leche de la tierra, vencidos sus tallos, como recibiendo un dulce peso de caricias.

*Y tú, lenta retama,
que de olorosos bosques
adorna estos campos desolados,
también tú pronto a la cruel potencia
sucumbirás del soterrano fuego,
que al lugar conocido retornando
sobre tus tiernas matas
su avaro borde extenderá. Rendida
al mortal peso, inclinarás entonces
tu inocente cabeza.*

No es la brasa del volcán quien ha destruido mis retamas, como esas del canto leopardino. Ha sido la lava del volcán de la codicia humana. El brazo destructor al servicio de la intención malvada. Llegaron de las villas inmediatas. Entre ellas, Magacela. En ese desborde incontenido de feroces cuadrillas insaciables, en pocos días me arrasaron el retamal magnífico: orgullo comarcano, delicia de la vista, consuelo de mi vida. Juntas de hombres se llegaron a él, acometiéndolo con las manos, con las hachas, con los picos, con los zachos. Quedó rasa y desnuda la tierra que lo mantenía. No parecía la misma. Quedaron como testigos de la afrenta las viejas encinas, las charcas bruñidas de azul rizado, los aguardos de perdiz, la roja piedra guijeña. Quedó como campo de abandono y desolación lo que antes fuera alegría y abalorio de feria campesina.

Emigraron las liebres de ancas estiradas, las perdices ligeras. Pío de lamento se me hace lloro en el pecho cuando el pardal y los trigueros cantan. Desnudita ha quedado mi tierra. Desierto de tristezas, erial de desolaciones. ¿Culpas? Allá en tierras de Corte y Leyes, unos hombres atizaron el fuego del odio y el manantío de la destrucción. ¡Cosas de la vida! ¡Cosas de mi España!

Malditas sean esas manos que os arrancaron y destrozaron. Pero os pudisteis ir orgullosas, ¡retamas mías! Jamás profané vuestra sombra buscando el descanso sucio de una embriaguez; jamás a vuestro cobijo acudí para la satisfacción de la deshonesto lujuria; jamás me escucharon vuestras ramas palabras en intención de añagaza y daño. En mi trato, el respeto y la dulzura, porque mis pupilas os miraban sin la codicia del interés y os veían con el dardo de la belleza.

FUENTE

- La Voz, fecha 04/05/1932, página 4.



Autor: Victoriano Gallego Blázquez.

Título: Plaza de España.

Técnica: Pastel.

Medidas: 50 x 65 cm.

Año: 2013